



Alberto Savinio
Tragedia de la infancia
Traducción de César Palma
Pre-Textos, Valencia, 2007

Manuel Arranz

Si yo fuera un pintor abstracto, escribiría una novela abstracta. No la leería nadie, ya lo imagino, pero uno hace lo que puede. Si hubiera sido el pintor Andrea de Chirico, habría escrito las novelas del novelista Alberto Savinio, esta *Tragedia de la infancia*, por ejemplo, aunque yo le habría puesto otro título, pues no tiene nada de trágica, y la tragedia asusta a los lectores de hoy, bastante tenemos ya. Chirico, recuerdan, pintaba sus sueños, y Savinio, no sé si lo sabían, los escribía. Luego resultaba que no habían sido sueños, que aquello había sucedido en realidad, antes o después del supuesto, o imaginario, o real sueño, poco importa, y Chirico Savinio, que como ya habrán adivinado era el mismo hombre, no sabía qué pensar. Supongo que por eso, porque no sabía qué pensar, pintaba y escribía. Les pasa a muchos.

Chirico no es Chirico. No, no estoy hablando de desdobra-

Alberto Savinio, pseudónimo de Andrea de Chirico (Atenas, 1891-Roma, 1952), refleja con humor el contraste entre infancia y edad adulta en esta narración breve ambientada en la Grecia cosmopolita de finales del siglo XIX.

Divina curiosidad

mientos de personalidad ni otras zarandajas parecidas, que hacen las delicias de los psicoanalistas, es que hubo realmente dos. El surrealista Giorgio, que todos conocíamos, y éste, Andrea, hermano suyo, que también pintó (la fantástica ilustración de la cubierta del libro es obra suya), y que sólo conocían unos pocos. En España, me refiero. Porque en Italia, aunque naciera en Atenas, está considerado como el mejor escritor italiano de entreguerras, según Leonardo Sciacia. Tibio elogio me parece éste, como decir de alguien que fue el mejor lo que sea de su pueblo, pero elogio al fin y al cabo.

Entre lo recordado y el recuerdo no sólo ha pasado el tiempo, ha transcurrido una vida, la vida del que recuerda evidentemente, y que ahora, vista en perspectiva, se precia de comprender lo que pasó. Esa manía de comprenderlo todo, de interpretarlo todo, de explicarlo todo, que tanta insatisfacción produce. «*Recuerdo una explanada llena de gente y de luces. Terrazas que se adentraban en el mar. Luces reverberantes en el agua lustrosa y negra*». ¿Quién no recuerda algo parecido? Y quién no recuerda también: «*Interminables desfiles de carruajes (...) una sala ornada con guirnaldas luminosas (...) un escenario forrado de terciopelo rojo (...) una mujer*». Son recuerdos, como se ve, universales, que Al-

berto Savinio nos recuerda en esta hermosa novela rebotante de imágenes, de metáforas y de sombras. «*¿Alguien espera comprender lo que escribimos? ¿Extraer de la palabra escrita el secreto de nuestro pensamiento?*». ¿Quiere desalentarnos Chirico con estas preguntas? No creo, a

fin de cuentas el secreto de su pensamiento nos importa bastante menos que el secreto del nuestro, y libros como éste levantan más de un velo.

Tragedia de la infancia, novela de madurez, como no podía ser menos, alude al «*sacrificio y eliminación*» de la misma. Lue-

go, como se sabe, todo se resuelve en una absurda comedia, para terminar en un minúsculo e insignificante drama. Una época mitológica la infancia, y también misteriosa, quizás las dos cosas sean lo mismo, pues los mitos encarnan los misterios de nuestra vida, que a veces sólo son secretos, inexplicables uno, inconfesables otros, y ambas cosas la mayoría. Los escritores son muy dados a regresar a la infancia. En esto ya saben a quién se parecen. Pero en su caso no es para justificar sus fracasos, sino porque en la infancia hay materia novelesca para rato. Es como viajar a otro mundo. Cómo no vas a contar lo que has visto allí. Claro que hay tantas formas de contar como formas de escuchar. Algunas cuesta tanto crearlas como leerlas. Pero otras, como esta *Tragedia de la infancia* precisamente, son un auténtico regalo para los sentidos, entre los que yo cuento siempre el sentido común y el sentido del humor, que posiblemente sean el mismo sentido, el séptimo supongo, y que Savinio maneja, mezcla y dosifica magistralmente en esta preciosa y originalísima novela. Y ya que hablamos de sueños, lo mismo que estos o encuentran un interprete inteligente o se convierten en pacotilla, un libro como éste o tiene la suerte de encontrar un traductor a su altura o está perdido. No necesito decir que lo ha encontrado.



EDICIONES SIRUELA

AUTOR Y PINTOR. Alberto Savinio visto por T. Pericoli en su libro «Retratos».

Tormentos y placeres



Paulo José Miranda
Un clavo en el corazón
Traducción de Antonio Sáez Delgado
Periférica, Cáceres, 2007

M. A.

Hay una frase al principio de esta novela de tan tremendo título que dice así: «*Pero el genio, si lo tienes, sólo lo reconocerá alguien genial*». Pues bien, aunque es una de esas frases rotundas que tanto nos gustan,

aparentemente inapelables y que por tanto nos eximen de emitir juicios, o críticas en este caso, esa forma indirecta del juicio, la frase en cuestión o está equivocada o yo, usted, su mujer, y su cuñado, somos geniales. Porque si la frase fuese cierta, también podría ser cierta su contraria, es decir, al impostor, al papanatas, sólo lo reconocerá otro impostor y otro papanatas. ¡Y eso sí que no! Yo creo que casi todos, y ésta es precisamente la función crítica, estamos tan capacitados para reconocer al genio a primera vista como para reconocer la impostura a primera vista. Aunque es cierto que al abundar tanto ésta últimamente, y haber hoy tan riquísimos genios, la cosa se está volviendo cada día más difícil. O más fácil, depende cómo se mire. Mi consejo es que cuando dude de sí se trata de un genio o de un impostor, opte siempre por lo segundo. Por ejemplo, se ha convertido en un lugar común concederle al genio la exclusiva de la provocación, lo que es un error mayúsculo.

Los provocadores suelen ser más bien los charlatanes que si no recurriesen a la provocación pasarían desapercibidos. No sé si han observado que los charlatanes no saben hablar.

La novela de tan tremendo título es *Un clavo en el corazón*, del portugués Paulo José Miranda, desconocido hasta ahora por estos pagos, y que recomiendo sin vacilar, pues merece ser conocido. El libro abunda en digresiones, supongo que por eso he empezado yo esta reseña con una. Y aunque no me gusta desvelar el argumento de los libros, esa práctica tan extendida que aderezada con algunas perlas cultas acá y allá se confunde tan a menudo con la crítica, voy a hacer esta vez una excepción. Es posible que esta sea una novela de tesis. De hecho se habla mucho en ella de la verdad en el arte y en la poesía, y antes de que alguien se me adelante, aunque quizás ya lo hayan hecho, diré que Paulo José Miranda ha escrito una especie de variación a la *Carta de Lord Chandós*, (1ª perla culta), ligeramente más

extensa, sólo que en la suya hay alguien que ha sufrido, como se decía en el siglo XIX en que transcurre precisamente la novela, un desengaño amoroso. O un desengaño del amor, asunto mucho más grave y de peores consecuencias. No sé si el protagonista o el autor. Posiblemente ambos. Y aquí reside precisamente la trama tan bien urdida de la novela. Los fracasos literarios y los amorosos se parecen mucho. Posiblemente los éxitos también. Y para algunos autores, como ilustró Henry James en su magistral *Lección del maestro*, (2ª perla culta), o como

Herculano o Camilo, los ejemplos portugueses que cita el autor, el amor a una mujer y a la propia obra son incompatibles. Naturalmente esto no es cierto. Pero hay muchas cosas que sabemos que no son ciertas y siguen teniendo carta de ciudadanía.

Un clavo en el corazón es una novela escrita por alguien que ha reflexionado profunda y profusamente en la literatura, que no la considera un juego, como oímos tan a menudo, sino algo así como un destino, si me permiten este decimonónico término, por volver de nuevo al ambiente que recrea la novela, y que proporciona, en consecuencia, abundantes motivos de reflexión al lector. En realidad parece más un libro escrito por un lector. Es decir, por un escritor que es a la vez lector, cosa que no crean que se da siempre por añadidura. Y de un escritor, digámoslo una vez más, que ha experimentado tanto los tormentos del amor como los tormentos de la creación. ¿Por qué tormentos y no placeres?, se preguntarán seguramente ustedes. Pues tienen razón. Son intercambiables. Yo diría que incluso son sinónimos.

La obra abunda en digresiones: se habla de la verdad en el arte y en la poesía